

¿Una nueva historia para Chile?

Ricardo A. Yocelvezky R.

ESTA NOTA NO PRETENDE SER una reseña formal de los textos que se mencionan en ella.¹ Se trata más bien de un intento de identificar los ejes ideológicos que los unifican, a pesar de sus disparidades, y de evaluar el significado de estas manifestaciones ideológicas en el Chile actual. Por supuesto, esto no implica juicio alguno acerca de la calidad de los textos referidos, sobre los cuales se dispone de algunas reseñas especializadas.²

I. Los temas del relato histórico

La pregunta acerca de las causas de la tragedia chilena de 1973 no sólo tiene distintas respuestas entre los vencedores y los vencidos sino que éstas se ubican en distintos ámbitos. Para los vencidos, en una primera etapa, se trataba de evaluar la “vía chilena al socialismo” y su desenlace. Esto produjo quizás la más abundante bibliografía acerca de Chile. Al mismo tiempo, entre los vencedores se definía el sentido del golpe militar: eliminación del “peligro comunista” o del sistema político. Esta disyuntiva es la que estimula entre los partidarios de la eliminación del sistema político una revisión histórica dirigida a de-

¹ Mariana Aylwin, Carlos Bascañán, Sofía Correa, Cristián Gazmuri, Sol Serrano, Matías Tagle, *Chile en el siglo XX*, Santiago, Editorial Emisión, 1985; Bernardino Bravo Lira, *Régimen de gobierno y partidos políticos en Chile (1924-1973)*, Santiago, Editorial Jurídica de Chile, 1978; Crescente Donoso Letelier, “Notas sobre el origen, acatamiento y desgaste del régimen presidencialista (1925-1973)”, en *Historia*, núm. 13, Instituto de Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1976, pp. 271-352; Gonzalo Vial Correa, *Historia de Chile (1891-1973)*, voi. I, t. 1 y 2, Santiago, Editorial Santillana, 1981; Sergio Villalobos, Osvaldo Silva G., Fernando Silva V. y Patricio Estelle M., *Historia de Chile*, Santiago, Editorial Universitaria, 1974.

² Ver las reseñas de los dos volúmenes de la *Historia de Chile* de Gonzalo Vial realizadas por Mario Góngora en la revista *Historia*, publicación del Instituto de Historia de la Universidad Católica de Chile, núms. 17 (pp. 505-511), y 18 (pp. 437-441).

mostrar que la Unidad Popular era el final "lógico" del sistema y no un accidente, que el sistema era sólo "formalmente" democrático y que su origen y fundamentación en la Constitución de 1925 eran en buena parte espurios.

Un punto que reúne consenso a este respecto es que cualquiera que sea la fecha que se elija para el inicio de la decadencia política, ésta debe incluir tanto al gobierno de la Democracia Cristiana (1964-1970) como al de la Unidad Popular (1970-1973). Esto lo expresa claramente el texto escolar de *Historia de Chile* de Francisco Frías Valenzuela que, en sus ediciones actuales, incluye a ambos gobiernos en el mismo capítulo, "Los gobiernos revolucionarios".

Este punto de vista, que en principio tiene un contenido muy coyuntural (el propósito de eliminar a la Democracia Cristiana como opción "restauradora" del sistema político dentro del bloque que apoyó el golpe de estado en 1973 y a la dictadura en sus primeros años), se revela como más profundo en otras apreciaciones de la historia reciente. Este es el caso del manual de historia de Sergio Villalobos (1974) y otros que destacan la crítica a la "crisis moral" del país realizada por Jorge Prat Echaurren a partir de la segunda mitad de los cuarenta. Este es un intento de trazar el futuro fundándose en las opiniones de los líderes marginales del nacionalismo de derecha.

La crítica al sistema político se dirige a su pieza central, los partidos políticos, y al personal político, "las oligarquías partidarias", al decir de Bernardino Bravo Lira (1978). La tesis de este autor es que el cambio de régimen representado por la Constitución de 1925 no consiste tanto en la reformulación de las relaciones entre el Presidente y el Parlamento como en la redefinición de las relaciones entre el Presidente y los partidos políticos. En su revisión del periodo 1932-1973 y las condiciones del surgimiento del sistema político vigente entonces, hace gran hincapié en la reivindicación del papel de los arquitectos del sistema (Arturo Alessandri Palma y el general Carlos Ibáñez del Campo), sobre todo en los rasgos autoritarios de ambos, quienes, a pesar de los políticos y los partidos, lograron construir y normalizar el funcionamiento real del sistema.

La reivindicación de Ibáñez, su personalidad y su papel histórico, atraen también la atención de trabajos como el de Crecente Donoso Letelier (1976). En él se asigna gran importancia al papel que el autoritarismo, representado por una personalidad fuerte, desempeñó en la resolución de la crisis del sistema político en los años veinte. De igual manera, Bravo destaca el segundo periodo de Ibáñez en los cincuenta, en el que el hombre fuerte se enfrentó a los partidos políticos como tales.

No se necesita gran imaginación para saber a qué oídos se dirigen las loas al hombre fuerte. Sin embargo, es muy interesante que el contrapunto sea con los partidos políticos. El hombre fuerte no actúa

en el vacío. Cuenta con el apoyo de sectores de la población no organizados en partidos políticos que, en los momentos más agudos de la decadencia política del país, provocada por los partidos, se agrupan en formas alternativas a éstos. Ese es un tema que recorre como eje toda la historia nacional.

El régimen portaliano encarna el paraíso perdido de la unidad nacional, el consenso, el gobierno por sobre las banderías y las ideologías. La ruptura de ese consenso a partir de los conflictos entre laicos y clericales habría dado origen a los partidos, al partidismo y al gobierno de partidos. La crisis de este sistema Gonzalo Vial (1981) la ubica primero alrededor del centenario de la independencia (1910). Una reacción a esta decadencia, destacada por el mismo Vial, la constituyen los "sectores que intentaron emanciparse de la política y 'consagrarse' a sus respectivas funciones sociales". El autor destaca entre ellos a los bomberos (un cuerpo voluntario en Chile), los deportistas y los profesionales en campos como la educación, la ingeniería y la medicina. Es notable que para este autor hasta el fracaso del régimen parlamentario de gobierno en Chile es atribuible a los partidos: "Por su lado, el Congreso no tenía quién lo fiscalizara. A primera vista, se atribuiría a ese carácter desorbitado y descontrolado del poder parlamentario el desprestigio que lo envolvió hasta ahogarlo. Pero una observación más atenta hace ver, tras los abusos parlamentarios, el actuar de los partidos políticos, como un constante fermento de inestabilidad" (vol. I, t. n).

Con respecto al Ibáñez de los años veinte, Donoso Letelier cree reconocer en él una "concepción práctica" que lo distingue de los demás presidentes chilenos del siglo, pero que "requiere del apoyo directo de la ciudadanía". [. . .] En su atisbo natural, casi biológico de la autoridad, la sabiduría del pueblo no reconoce, fuera del ámbito familiar, una representación más legítima del poder. [. . .] De aquí, y no de la lucha de clases —aunque ésta venga a agravarlo—, surge el divorcio entre la ciudadanía y los partidos políticos. Mucho antes que de intereses distintos, se trata de maneras de ser distintas" (p. 350).

Para Bravo, la elección presidencial de 1952 (el segundo periodo de Ibáñez) muestra la decadencia de los partidos tradicionales, expresada por la "indiferencia del electorado y de los mejores talentos".

Frente a este punto de vista surgen intentos de reivindicar el sistema político vigente hasta 1973 (por lo menos defenderlo hasta 1970), como el de la obra colectiva *Chile en el siglo XX* (1985), cuyo resumen apareció primero en una serie de fascículos distribuidos junto con la revista *Hoy*, de orientación demócrata-cristiana. En ella se destacan la mayor participación social en política durante este siglo, la estabilidad institucional, el acceso de las clases medias al aparato del Estado y se define al siglo XX chileno como el "del predominio de la clase media (mesocracia)" y como "la época de la difícil incorporación a las for-

mas de vida propias del mundo moderno (aún dentro de un nivel precario) de las grandes mayorías; el tiempo del despertar proletario y la democratización”.

Sin embargo, las conclusiones de los autores no intentan reivindicar el papel de los partidos, sino que atribuyen a la ideologización de la izquierda a partir de la Revolución cubana el que “los partidos políticos revolucionarios se tornaron incapaces de lograr acuerdos con sectores de tendencias progresistas más moderadas o diferentes”. Esta opinión es típica de la Democracia Cristiana, que no puede condenar a los partidos como tales, toda vez que se constituyó y aún defiende su posición como eje del sistema de partidos. Pero comparte la crítica a la izquierda y su participación que la llevó a la victoria electoral 1970.

II. El significado ideológico de la revisión histórica

La preocupación por la historia nacional que expresan estos textos constituye un cambio notable, si se considera que en los enfrentamientos ideológicos, en los últimos años antes de 1973, ésta no aparecía en el primer plano. Examinar las condiciones más generales de aquel periodo puede ser útil para establecer, por comparación, las características del hecho que nos preocupa en la actualidad.

Desde el punto de vista político-organizacional, el nacionalismo como tendencia ideológica ocupó un lugar subordinado dentro del sistema vigente de 1932 a 1973. El destino de los nacionalistas de derecha, los nazis de los años treinta y sus herederos, fue tan oscuro como el de las tendencias radicales de izquierda (trotskistas y anarquistas). Sin embargo, parecía conveniente hoy día reexaminar su existencia en condiciones de esterilidad política durante ese largo periodo, si se quiere explorar las raíces del fenómeno actual.

Un rasgo central de los partidos políticos fundamentales en el sistema anterior a 1973 es su identificación ideológica con formas de pensamiento “universalistas”, las cuales se buscan aplicar a la realidad nacional. Basta con revisar los nombres de esos partidos para dejar en claro a qué nos estamos refiriendo: Conservador, Liberal, Radical, Demócrata Cristiano, Socialista y Comunista.

Si bien la corriente principal de la ideología política transitaba por el cauce señalado, el nacionalismo sobrevivió en ámbitos apartados y políticamente subordinados, pero su presencia es detectable en distintas coyunturas del periodo. El medio académico ofreció refugio a una tendencia que encuentra su máxima representación en la obra de Jaime Eyzaguirre,³ quien proponía una interpretación hispanista de la

³ Jaime Eyzaguirre, *Hispanoamérica del dolor y otros estudios*, Madrid, Ediciones de Cultura Hispánica del Centro Iberoamericano de Cooperación, 1979.

historia nacional, inspirado en el integrismo católico. Su participación temprana en el grupo que dio origen a la Falange Nacional en 1938 (más tarde la Democracia Cristiana) hace pensar que su alejamiento de la política activa no obedeció sólo al factor de atracción que representaba su indudable vocación académica sino a la frustración de no encontrar una organización política en la que sus definiciones ideológicas representaran siquiera una corriente interna de importancia. Esto último también se aplica a otro historiador de distinta inspiración, Francisco Encina.

Otra forma de subsistencia del nacionalismo está presente en la actividad política de los grupos marginales de derecha o de las corrientes subordinadas dentro de los partidos tradicionales (Conservador y Liberal). Entre ellos, el más importante es Acción Nacional, dirigido por Jorge Prat. Tampoco hay que olvidar a otros grupos o corrientes nacionalistas que subsistían vinculados a la izquierda, ya sea en la periferia política o académica de ésta o incorporados al Partido Socialista.⁴

La importancia relativa de estas tendencias, que subsistían subordinados a las corrientes principales dentro del sistema político, tuvo variaciones a lo largo del periodo. Su presencia es detectable en aquellas coyunturas críticas en las que el sistema de partidos se veía más debilitado. Sin embargo, el aumento de la influencia nacionalista, junto con otras fuerzas que buscaban el remplazo o la transformación de los partidos y del sistema conformado por éstos, terminaba, normalmente, con la recuperación de los partidos y la resubordinación de las tendencias centrífugas por absorción o marginación. La coyuntura más importante está constituida por el auge y caída del ibañismo en los años cincuenta.

La revitalización del nacionalismo dentro de la oposición al gobierno de la Unidad Popular tiene sus antecedentes en fenómenos que ocurrieron en la década de los sesenta y, por tanto, no constituye sólo una reacción a la amenaza que el gobierno de Allende representaba para los intereses de las clases dominantes. Por una parte, obedece a la crisis de la derecha tradicional durante el gobierno de la Democracia Cristiana, en la cual la fusión de conservadores, liberales y nacionalistas lleva por primera vez al estrellato político a algunos cuadros de esta última tendencia y, por otra, aparece una generación joven de nacionalistas que representan un fenómeno más general: la imposibilidad de la élite profesional de la política para absorber a las nuevas generaciones de universitarios en los años sesenta. Este fenómeno pro-

⁴ Sólo para ejemplificar a qué se está haciendo referencia, cabría recordar a la Unión Revolucionaria de Estudiantes Nacionalistas, UREN, de efímera existencia en la primera mitad de los sesenta y, en el plano ideológico, las *Reflexiones políticas de Clodomiro Almeyda*, Santiago, Editorial Prensa Latinoamericana, 1958.

duce el surgimiento de una nueva izquierda (que adopta el "castrismo" como orientación), el desplazamiento hacia la izquierda de la juventud del principal partido de centro, la Democracia Cristiana, que hace surgir los partidos "chicos" de la izquierda que tienen orígenes ideológicos cristianos y finalmente, más de una tendencia nacionalista entre las juventudes de la derecha.

El golpe de estado de 1973 no sólo significó la liquidación de la "vía chilena al socialismo" sino la crisis del sistema político. Al igual que en otros momentos de crisis, esta vez las tendencias ideológicas subordinadas, en sus varias manifestaciones, asumen un papel importante y es por medio de ellas que se enfrenta la crítica al sistema anterior y a sus actores principales, en particular a los partidos políticos. El elemento histórico aparece de varias maneras pero, en definitiva, es en sus vínculos con los vencedores que asume su manifestación más importante. Es decir, a través de la ruta de la preocupación por la historia nacional se puede trazar el itinerario de la victoria ideológica de los nuevos grupos en el poder.

En un principio, inmediatamente después del golpe de estado, la incorporación del nacionalismo como una de las tendencias en el poder parecía "natural". La apelación a la historia nacional en el discurso militar también lo era. Sin embargo, el hecho de que poco a poco las expresiones intelectuales de los sectores que no estaban en el poder debieran instalarse en el terreno de la historia nacional indicaba que los vencedores habían comenzado a profundizar su victoria, ahora en el terreno de la conciencia.

En todas las fuerzas políticas aparece la necesidad de expresar intelectualmente la justificación de su existencia anterior, y de su participación en el sistema vigente hasta 1973. También deben dar cuenta de la significación que atribuyen al golpe de estado y a la dictadura y, por último, deben definir su visión del futuro en términos de continuidad o ruptura con el presente y el pasado. Las diversas combinaciones que se componen con estos elementos buscan imponer en la conciencia de la población una imagen de lo "normal" y lo "anormal" en la historia del país, definiendo así un nuevo campo de la lucha ideológica.